

AGENDA CIUDADANA

PENSAR A VILLA DESDE EL SIGLO 21

Lorenzo Meyer

El Color del Cristal Con que se Mira.- A 89 años de haberse escrito, acaba de ser publicado el manuscrito dictado por Francisco Villa –Doroteo Arango-- a Manuel Bauche Alcalde, entonces periodista, y titulado simplemente “El general Francisco Villa”. Se trata del documento que más tarde serviría de base a las “Memorias de Pancho Villa” escritas en 1936 por Martín Luis Guzmán (Guadalupe y Rosa Helia Villa, eds., Pancho Villa. Retrato Autobiográfico, 1894-1914, UNAM-Taurus, 2003). Lo anterior es una buena razón o excusa para volver a echar una mirada a Villa y al villismo, mirada que inevitablemente tiene que hacerse a través de una lente coloreada por el paso del tiempo y la influencia del presente. Ahora bien, este presente es uno donde las revoluciones sociales han perdido prestigio y vigencia, pero donde siguen vigentes los problemas que dominaron en la época en que Villa vivió y que llevaron al estallido de la Revolución Mexicana y al villismo.

Símbolos.- De los miles de nombres registrados en los ocho tomos que conforman el Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana (INEHRM, 1991), apenas si un puñado realmente se mantienen vivos en la memoria colectiva. Dentro de ese pequeño número de revolucionarios con significado actual, hay dos personajes particularmente destacados justamente por combinar sus logros militares y políticos con su origen popular: Villa y Zapata. ¿Cuál de ellos encarna y resume mejor hoy para el grueso de los mexicanos el sentido de la revolución que estalló en México hace casi un siglo? La pregunta es de respuesta imposible, pues se trata de dos símbolos que surgieron en dos Méxicos muy diferentes y que más que competir, se complementan.

Zapata proviene de una zona geográfica central, donde seguían vigentes las viejas comunidades de origen prehispánico o colonial y donde la identidad colectiva y los

valores eran, y son, fuertes y muy antiguos. La lucha de Zapata fue por recuperar las tierras comunales para mantenerlas como exigía la tradición: colectivas. En contraste, Villa provenía y representaba al norte –Durango y Chihuahua--, región de poblamiento relativamente reciente, fundamentalmente mestiza y donde las sociedades de origen prehispánico y colonial estaban relegadas –los tarahumaras, por ejemplo— o de plano eran vista como un problema al que había que enfrentar con la guerra, como era el caso de los apaches y de otras etnias seminómadas. En la zona villista, directamente expuesta a la influencia de la modernización americana, la lucha era por mejores condiciones de trabajo dentro del sistema capitalista y por la tierra, pero no para usara de manera colectiva sino de manera privada, al estilo rancharo y no colectivo.

Dos Mexicos.- Ni Villa ni Zapata estaban en posibilidad de escribir su propia biografía, pero ambos tenían letrados en su círculo íntimo. A Zapata le interesó emplear a esos hombres cultivados para elaborar el Plan de Ayala y tareas afines pero no su autobiografía; para el caudillo del sur la identidad importante era la colectiva, no la individual. En contraste, para Villa, que no desdeñaba incluso utilizar al cine, especialmente al norteamericano, para difundir su imagen al mundo, el valor de lo individual era de enorme importancia. Al dictar su biografía a Bauche, que entonces dirigía un periódico al servicio del villismo, lo movía el deseo de explicarse ante sus contemporáneos y a la posteridad. Se trataba, según dijo, de “un hombre...nacido de la clase más ultrajada y más sufrida de nuestro pueblo, de la peonada que fecunda la tierra con su sudor...” y que buscó dictar sus memorias para a justificar “toda la sangre que me vi forzado a derramar” debido a “todas las injusticias que me vi precisado a combatir... y todas las infamias que hube de castigar”. Una y otra vez insiste en que su empeño era lograr la “justicia” y la “libertad” en un México donde el trabajador, el pobre, había estado siempre acorralado por su miseria y a merced de la injusticia. Villa

y Zapata representaron a dos Méxicos populares pero diferentes y que, al encontrarse durante la ocupación de la Ciudad de México, a duras penas pudieron entenderse, con frecuencia chocaron y, al final, ambos fueron derrotados justamente por su incapacidad para cooperar contra el enemigo común, encarnado por el carrancismo. Y sin embargo, pese a sus diferencias, observados a la distancia, ambos personajes y sus respectivas visiones de México, resultan hoy muy similares. No es accidental sino enteramente natural, que hoy coexistan en el tiempo un Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el sur con un Frente Popular Francisco Villa en el centro, y que su origen, naturaleza y acciones sean distintos pero compartan valores generales.

La Ingovernabilidad.- Lo que hoy resalta y sobrecoge del relato de Villa anterior al ingreso del personaje a la lucha política y que abarca de septiembre de 1894 a noviembre de 1910, es la atmósfera de violencia. Villa, en lo individual o con sus grupos, fueron capaces de generar un buen número de acciones de violencia extrema, muy propios del medio en que se desarrollaron y actuaron. En ese Durango de fines del siglo 19 e inicio del 20, el lema porfirista de “orden y progreso” estuvo reducido a su mínima expresión. Algo hubo de progreso pero mucho de desorden; la ingovernabilidad siempre estuvo a flor de tierra, y la justicia era la que cada individuo podía lograr por si mismo, pues la que proveían las instituciones era mínima o de plano inexistente.

El relato prerrevolucionario de Villa es un buen camino para entender la causa de que la revolución estallara en el norte: se trató de una sociedad en formación que ya estaba armada de tiempo atrás, donde la autoridad era relativa y la inseguridad de los caminos era una constante. Lo notable, y desesperante, es que un siglo después las cosas no han cambiado todo lo que debieran. Durango sigue teniendo zonas donde el narcotráfico es la actividad dominante, lo que permite el florecimiento de personajes no muy distintos del Villa de su primera etapa y donde con gran frecuencia las armas

siguen teniendo la última palabra. Esa región ha pasado ya por tres regímenes políticos distintos —el porfirista, el posrevolucionario y el actual, el democrático— pero en ella permanece la centralidad de la violencia y la ilegalidad.

El Misterio.- Este retrato autobiográfico muestra que las actividades ilícitas de Villa contaron siempre con un amplio apoyo social en Durango y Chihuahua. A ojos de sus contemporáneos, la ilegalidad de la conducta de Villa no debió de haber sido del todo ilegítima y reprobable. Sospecho que ese sigue siendo el caso en una buena zona de nuestra sociedad actual. Fue justamente esa enorme red de contactos personales que le apoyaron en sus correrías y protegieron sus robos y asesinatos, la que dio fama y sirvió a Villa a la perfección para reclutar a los hombres que conformaron primero su guerrilla y en un abrir y cerrar de ojos sus cuerpos de ejército popular. En cualquier caso, lo que el manuscrito de Bauche da por sentado y en lo que no ahonda, es en la naturaleza del carisma del joven bandido de Durango, elemento que fue precisamente lo que le permitió primero conformar una base social primero para su bandolerismo y luego para su actividad como líder revolucionario.

Otro misterio es algo que sin duda le hubiera podido pedir Bauche a su entrevistado que lo aclarara pero que finalmente no lo hizo: ¿cómo fue que Villa el bandido famoso de Durango pudo ser reclutado en Chihuahua por el núcleo inicial de revolucionarios maderistas? En todas las revoluciones uno de los problemas iniciales más complejos de resolver y donde muchas intenciones fallan, es justamente el conseguir que las ideas insurgentes elaboradas por revolucionarios de clase alta —en nuestro caso, las del terrateniente de Coahuila, Francisco I. Madero— o de clase media —en este ejemplo, Abraham González, el chihuahuense graduado de la universidad de Notre Dame y luego metido a negocios en su estado— sean aceptadas por los sectores populares al punto de hacerlas suyas, llevarlos a tomar las armas y arriesgar su vida en

aras de proyectos políticos inciertos. La relación política de Madero con Abraham González data, por lo menos, de 1909 y resulta enteramente natural, pues ambos son elementos de la élite regional excluidos sistemáticamente del poder por la oligarquía porfirista. Lo que ya no resulta natural es el entusiasmo instantáneo, según el manuscrito, mostrado por Villa ante la invitación que en 1910 le hiciera Abraham González para que se uniera a la insurrección maderista. Villa el autodidacta dice que en el “luminoso” Plan de San Luis él descubrió el camino para liberar a la Patria “de tantas víboras que, enredadas en su cuerpo, le devoraban impetuosamente las entrañas”. De golpe, el bandido sin antecedentes políticos ni educación formal, ve en Madero al hombre de “fe inquebrantable” que se disponía “a luchar por nosotros los pobres, los oprimidos, los despojados”. Como para entonces Villa ya no era pobre ¡su conversión suena como la de San Pablo camino a Damasco!

El repentino cambio del hombre fuera de la ley y cuya meta en el inicio de 1910 era simplemente el reincorporarse a la vida legal (ya había establecido su casa en el 500 de la calle Décima, de Chihuahua) para ser propietario de una carnicería, sigue siendo un misterio. Friedrich Katz, el mas famoso estudioso de Villa, no ha podido explicar las razones que llevaron a González a entrar en contacto con Villa y reclutarlo para su causa, pero menos aún las razones de Villa para aventurarse en una empresa cuyas posibilidades de éxito eran dudosas. Pese a este manuscrito, todo sigue siendo conjetura. Quizá González le prometiera a Villa que al triunfo de la revolución ya no se seguiría contra él ningún tipo de proceso criminal, aunque Katz sospecha que quizá el motivo principal del hombre fuera de la ley para unirse a la revolución fue simple pero poderoso: su deseo de venganza contra sus antiguos patronos, la familia López-Negrete – a la que acusa de ser la autora de “la tragedia de mi vida”-- y contra todo el sistema de autoridad que ellos representaban, en el que se apoyaban y con el que Villa llevaba ya

más de tres lustros de enfrentamiento sistemático, (The Life and Times of Pancho Villa, Stanford University Press, 1998, pp. 73-75).

Como sea, sin la intervención inicial de los grupos populares reclutados y dirigidos por Villa y por Pascual Orozco en Chihuahua, es posible que el noble empeño político del maderismo hubiera fracasado, pues Madero mismo no combinaba el liderazgo moral y político con la eficiencia en la acción armada.

Una Ideología Sencilla... y aún Válida- De las revoluciones modernas, la mexicana es la que menos elementos ideológicos tiene. Madero propuso el levantamiento sólo para conseguir la efectividad del sufragio, es decir, la democracia política. Sin embargo, para 1914 Villa da otra razón igualmente simple pero mucho más poderosa para legitimar la acción de la revolución: las arbitrariedades de las clases altas y las duras condiciones “de los infortunados niños que nacen en la gleba”, que llegaban a un mundo donde ya estaban condenados a vivir una injusticia “monstruosamente inconcebible”. Para los mexicanos pobres, decía Villa, la vida no era tal sino “un martirio inacabable”.

Como sabemos, la simple democracia política buscada por Madero en 1910 requirió de terribles luchas, mucha sangre y de noventa años más para empezar a despuntar. Sin embargo, la meta que Villa se propuso resultó mucho más difícil de lograr. En su dictado a Bauche, el caudillo nortero dijo que el fin de sus afanes como revolucionario era dar forma a una sociedad establecida “sobre bases más sólidas, más naturales, más sabias, más justas y más nobles”, y eso si que esta aún muy lejos de nosotros. Y es aquí donde reside la actualidad tanto de Villa como de Zapata: en el hecho de que la meta del movimiento que ellos hicieron triunfar en 1911 y en 1914 aún sigue siendo una mera posibilidad. Mientras que por lo menos el 54% de los mexicanos sean oficialmente clasificados como pobres –demasiados para asegurar que la revolución tuvo éxito–, mientras la corrupción e impunidad de la autoridad de la que tanto se quejó

Villa siga siendo característica de nuestro sistema administrativo, mientras las bases de la economía no sean sólidas sino notablemente endeble, figuras como las del bandido de Durango transformado en revolucionario, seguirán siendo atractivas en una sociedad necesitada de creer que el futuro vislumbrado por Villa no solo es deseable sino posible.